

de la espada ó el anillo de la serpiente. Así las postreras conversaciones de Antonio y de Cleopatra reducíanse á tratar de la muerte. No asemejaba la triste agonía de ambos á la sublime agonía de Catón, pasada en su lectura de los diálogos platónicos. Antonio y Cleopatra, como buenos epicúreos, rehuían el dolor y buscaban el placer hasta en los regazos de la muerte. Los cortesanos contaban que Cleopatra poseía mil medios de matarse y de matar sin que pudieran sentirse los dolores naturales á las agonías últimas y al último paso de este mundo. En su magia existían varios conjuros capaces de asesinar con una palabra, según las consejas, y entre sus brebajes había venenos que daban á las fatigas del moribundo los dejos y los mareos de una completa embriaguez. Antonio le pedía todo esto, pero Cleopatra, esperanzada en sus gracias propias y en sus influjos sobre los demás, aun le llevaba por los caminos del placer, divirtiéndole de todo triste pensamiento. Así le aconsejó acordarse de su prole y prepararla, no para el infortunio y el dolor, para la fuerza y la victoria. En aquellos días vistió Antonio la toga viril á su Aulo con todas las ceremonias propias del antiguo derecho romano. Quitóle así la franja de púrpura en su traje, mostrando cómo su propio valor lo defendía y no las leyes. Hízole dejar la peonza, la pelota, el carrillo

tirado por ratas, el juego de las nueces y de las ánforas. Descolgóle del cuello sus joyeles y colgólos al cuello de sus dioses lares. Tenientes, siervos, cortesanos, amigos le rodearon y subieron en magnífica procesión á los altares para ofrecer los sacrificios de rúbrica. Presentáronlo después por calles y por plazas al pueblo. Las bacantes fueron ceñidas de hiedra y ebrias de vino á encender sacralumbre sobre cada hogar y cocer los panecillos empapados en mil ofrendas gratas á Baco. Celebró Alejandría tales fiestas en regocijo sin fin; ardió en festines por calles y plazas; todos los teatros representaron pantomimas orientales; descendieron los gladiadores al circo; lucharon las fieras entre sí; coros gigantes, en que había cantores de todos los pueblos cultos é instrumentos de todas las orquestas conocidas, entonaron armoniosos himnos; distribuyeron á los cortesanos elefantes cargados de presentes; los convidados, idos á la mesa imperial, si pobres, tornáronse después de la comida ricos, y si ricos, potentados y poderosos. Cleopatra y Antonio embriagáronse á una en el amor y en el vino, hasta perder completamente la memoria. Treinta y nueve años contaba por aquel entonces la hechicera, y sus fuerzas no se habían perdido todavía ni menguado su hermosura. Por tanto, cuando al salir de la embriaguez producida por los delirios

¡oh! sabía que Octavio iba poco á poco acercándose á su sede, aun ella confiaba en la eficacia y en el prestigio de sus innumerables atractivos y de sus eternas seducciones.

Cleopatra y Antonio habían elevado á código de sus mutuas vidas las sendas costumbres y hábitos suyos, consagrando el desorden como una disciplina y como una ley la carencia de todas las leyes. Distribuían desde la hora de levantarse toda la jornada y señalaban el ejercicio de sus placeres como pudieran señalar el ejercicio de sus obligaciones. Aquellos banquetes orgiásticos, aquellas cenas babilónicas, aquellos cantos voluptuosos, aquellos bailes desordenadísimos, la borrachera extremada, la sensualidad sin límite y sin freno, el continuo correr en desorden por calles y por plazas como deshechos calaveras, el revolcarse toda la noche á una en sus tálamos cual en sus inmundicias los hipopótamos y cerdos, todo esto se organizaba en minucioso código y se dividía en graduados cánones forzosamente obligatorios. Habían llamado á tal manera de pensar, de sentir, de proceder uno y otro la vida incomparable, dando á sus vicios todo el aspecto de virtudes y á la sujeción, que á guisa de viles animales, tomaran, obedeciendo al organismo y al instinto, á todo eso tan brutal, habíanlo decorado con el nombre de filosofía y de filosofía verda-

dera. Una grande asociación, muy parecida en sustancia de suyo á nuestros monasterios, tomaba tales cánones por única regla del ser y del vivir. Pero este ser y este vivir dió los indispensables resultados, la derrota y la vergüenza. Existen leyes morales como existen leyes físicas. La fuerza del universo material se denomina en el universo moral suprema y absoluta inteligencia. Así todas las transgresiones de los tres códigos, material, intelectual, moral, traen aparejadas el correspondiente castigo y la sanción correspondiente. Cleopatra y Antonio expiaban, tras el desastre de Accio, los horrores que idearon y los crímenes que cometieron. Así el pensamiento suyo se concentró en la muerte, que á más andar iba desalada sobre sus cabezas. Y así como antes idearon la orden de vivir mal, en esta suprema crisis idearon la orden de morir bien. Pero morir bien, ya lo hemos dicho, no significaba para ellos coronar y rematar con fin y término verdaderamente honrado y honroso una vida pura y virtuosísima de suyo, significaba esquivarse al dolor, huir el combate, superar todas las leyes del organismo y convertir la muerte con sus redentoras angustias en una especie de sensual placer y voluptuosísimo goce. Y á tal propósito le llamaban muerte beata, y á los asociados en su cumplimiento les llamaban hermanos de la buena muerte. Cleopatra

ensayaba su arte de morir como pudiera cualquier médico su arte de curar. Traía los moribundos á su presencia y les interrogaba sobre sus angustias, dando este dolor más y esta pena más al supremo trance de la postrimer agonía. Los venenos destilados de las plantas más venenosas, las ponzoñas extraídas de los más ponzoñosos animales, el saber químico de su tiempo y las mixturas alquimistas, las evocaciones y hechicerías imaginadas en fantaseos teúrgicos; todo cuanto respecto de la muerte había pensado y hecho la tierra de los sepulcros, y de los panteones, y de los ataúdes, y de los muertos, y de las momias, todo lo ponía por obra y en múltiples ensayos lo experimentaba para ver si como quebrantara las leyes puras de sus obligaciones morales podría quebrantar las leyes físicas del último dolor supremo. Aquellos aromas de inmortalidad que despedían pirámides y obeliscos; aquellas fórmulas respecto de otra vida mejor, encerradas en los jeroglíficos cual en las flores los frutos; aquel incienso de ideas espiritualistas difundido por la tradición egipcia en los templos y en los altares de los dioses; todo aquel poema de la inmortalidad no decía cosa ninguna en término último á Cleopatra, completamente absorbida por el propósito de levantarse omnipotente sobre las leyes de la muerte, cual se había levantado en sus goces y en

sus desórdenes habituales ¡ay! sobre las leyes morales de la vida. Quería caer en la eternidad como sobre un lecho de rosas; convertir las agonías penosísimas, que tanto apenan, afligen, duelen, á los míseros mortales, en una especie de somnolencia voluptuosa; morirse como cuando se durmiera en brazos de su amante, rendida y embriagada por los suspiros y por los besos, harta de sentir y de gozar, sin más acceso que los accesos tranquilos y placenteros de un sueño delicioso.

¡Delirio insano! Podía esquivar más ó menos el dolor; no podía esquivar el remordimiento. Había creído muy durables las obras del vicio, cuando solamente duran y perduran en la historia, para honor del género humano y para comprobación de la inteligencia creadora, el pensamiento purísimo inspirado en la verdad y en la virtud. Los que mataron á Sócrates y á Cristo han muerto; los que sobre las entrañas de Catón palpitantes erigieron la tiranía más grandiosa que vieran los siglos, tan sólo han escuchado maldiciones sobre maldiciones en coro y en concierto, salidas á unísono de todas las páginas que guarda la historia y de todos los períodos en que se dividen los tiempos; mientras el mártir, á quien apenas le concedía el planeta humilde sepultura, impera perpetuamente, reina y reinará por siglos de siglos sobre los hombres, y en

su homicida cicuta va disuelta la idea que impulsa nuestro espíritu, y su cruz, infamado patíbulo de los siervos, se alza todavía sobre la cima de los slios y sobre la corona de los reyes. La perversión del sentido moral llegaba en esta edad á tal extremo, que Augusto diputó un embajador pidiéndole á Cleopatra la muerte por su propia mano de Antonio; y Cleopatra, siquier se negase á semejante infamia, durmió aquella noche con el embajador, para que le congraciase la voluntad altísima de Octavio, trayéndole su perdón. Decíale que, muerta ella, despojada por completo de su oriental diadema, quedaría el Oriente sin sacerdotisa; que un tal nido amoroso de ideas, como la ciudad alejandrina, no podría tener el águila macedona, capaz de preservarla contra las asechanzas del desierto; que Roma perdería, con perderla, el avanzado centinela en las regiones de la barbarie y el escudo segurísimo contra las ráfagas abrasadoras del simoún misterioso, á cuyas fuerzas cayeron Babilonia y Nínive; que sólo su cabeza llevaba so el casco áureo y la diadema de pedrería un espíritu como el espíritu de Alejandro; que contaba entre sus abuelos á los gloriosos reyes dignos de leer los jeroglíficos del tiempo en los monumentos egipcios y los jeroglíficos del espacio en los astros luminosos, y que sus entrañas tan sólo habían merecido llevar

hijos de César en su seno, protegidos por él desde las constelaciones, donde vagará su genio; por todo lo cual prometía hacer del cetro lágida una espada requerida en su defensa eternamente y arrojar su corona, donde resplandecían luminares de Grecia, de Africa y de Asia, como escabel, á los pies de la Ciudad Eterna. Y luego de hablar así tras noche de infamia, Cleopatra le mentía de nuevo al pobre Antonio. Y como éste le reconviniera creyendo ver en los labios descoloridos, en las ojeras moradas, en los ojos extintos, en la palidez mortal de su rostro señales de sus traiciones, ella le aseguraba cómo su amor crecía desmedidamente á medida que se aumentaban los celos y los recelos injustificados en él, pues había ido al pie de la solitaria torre suya y se había pasado noches enteras velando, ignorada y sin agradecimiento, aquel sueño inquietísimo, zaherida por los pasajeros del camino, azotada por los vientos del mar y por los vientos del desierto, amenazada de las serpientes y de los tigres, sin decir siquiera las evocaciones mágicas, porque la muerte misma fuérale grata venida por su bravo león romano. Antonio entonces la reconvenía por su fuga de Accio, y ella le contestaba que huyera del amor impelida, no de bajas y vulgares ambiciones, prefiriendo salvar la persona de su amante á salvar el trono de sus hijos. Así

había celebrado su natalicio modestamente, como si fuera ella simple campesina, mientras el natalicio de Antonio lo celebró con esplendor no usado, como si fuera todavía el general invencible, Osiris del cielo, monarca de la tierra. En tales coloquios departían Antonio y Cleopatra mientras la muerte se acercaba, no sigilosa, patentemente, á ella.

Llega la noticia de que Octavio fuera tras Accio á Pelusa, y el general de Cleopatra, Seleuco, se la entregara sin combate. Así bien pronto estuvo el vencedor á las puertas de Alejandría. En el camino desde Accio á Siria y desde Siria y sus ciudades á Egipto, diputó cien varios embajadores Octavio al vencido. Todos estos embajadores aparecían implacables con el general y lisonjeros con la reina. Pedíales Antonio que le consintiera Octavio habitar como un simple ciudadano Atenas y se lo negó, temiendo que la sombra de su cabeza llegase desde los plátanos del Pireo á los palacios de Alba. En raptó de orgullo y desesperación, Antonio mandó embajadores también al campo de Octavio, mas para desafiarlo á mortal y personalísimo combate. La partida tenía mucho de rara y mucho más de desigual. Cualquiera que sobreviviese, alzaríase con la tierra evitando mucha sangre; pues si rehusaba, temería que la próxima en aquel momento á derramarse inundara, como las aguas del Nilo, todo

Egipto, y el incendio, próximo á encenderse, consumiera en el mismo instante Roma y Alejandría. El vencedor desoyó la proposición del vencido. Naturalmente, más débil como soldado, era más fuerte como César. «Si quiere morir, le contestó al embajador, bien sabe Antonio cómo hay muchos caminos conducentes á la muerte.» Oído esto, Antonio resolvió morir matando. Julio César dijo que había combatido en Munda, no por la victoria, por la vida. Y Antonio añadió que deseaba combatir en Egipto, no por la vida, por la muerte. Hallábase Octavio en el hipódromo, donde acababa de constituir su campamento, y Antonio sale á tal sitio, seguido con verdadero entusiasmo de los suyos. Las armas y las vestiduras militares á una relampaguean cual nube tempestuosa. El caballo de alígeras patas corre como el viento. Antonio combate como en los mejores tiempos, como en Farsalia, como en Filipos. Su entrada en las filas contrarias parece la entrada de la hoz en la mies; tantos caen derribados por tierra y cubiertos de sangre. La caballería enemiga suya corre con pavor en desorden, sin aliento, al vibrar de su espada, al encenderse de sus olímpicos ojos y tiene que encerrarse despavorida en las trincheras. Antonio presenta esta última hoja de laurel en la peana de Cleopatra. Tal victoria parece sobre su frente como los últimos reverbeos del ocaso en la

cumbre de solitaria montaña. Después de ofrecido el homenaje, Antonio presentó á la reina un soldado suyo que rompiera y derrotara en porfías enormes á siete soldados de Octavio. Cleopatra le regaló escudo y casco de oro helénicamente cincelados. Mas ¿lo creeréis? El soldado husmeaba la victoria con sus narices de sabueso á maravilla. No bien aceptado el cuantioso regalo, ya estaba en el campo de Octavio, desertando de las propias enseñas, ingrato á los pródigos bienhechores. Como deseaba conservar el regalo, digno de un rey, se iba donde la victoria pudiese asegurárselo. En la noche de aquella escaramuza decidió Antonio tentar por última vez á la fortuna. El Mediterráneo africano estaba sereno y sereno el desierto líbico. Diríase que los elementos recogían sus fuerzas para presenciar este duelo, como recogemos nosotros la respiración cuando nos interesa mucho un relato. La ciudad calla, entregada, como la Jerusalén del Profeta, por completo al dolor. Conoce que la mano de Octavio se apercibe á castigarla. Viéndose vencida y destronada pierde su lengua. Las estrellas brillan lo mismo que brillaron allá en la noche de Filipos, y por los espacios del campamento se descubren algunas hogueras y se oyen los gritos de los centinelas, los pasos de las patrullas y el ladrido de los perros. Antonio cena. Presintiendo lo nefasto del

amanecer devora en la orgía su postrera velada. ¿Qué diferencia entre la noche última de Catón y la noche última de Antonio! Tanta diferencia como entre la república y el pretorianismo. El pretoriano pide á los soldados buen servicio aquella noche, tal vez la postrera de su existencia. Recuérdales que nunca los ha ofendido; díceles que presientan cómo quizá iban á ser propiedad del vencedor. A esta consideración sollozaban todos, y Antonio les decía que la vida es así, un ascenso y un descenso continuo, una guerra sin tregua, en que los vencedores de ayer aparecen mañana vencidos, hasta que unos y otros caen segados por la segur, en el común surco, en la fosa común del olvido y del silencio. Todo lo dejamos aquí. Los reinos de Antonio, que no cupieran en la tierra, quedarían reducidos á breve sepultura. Sus nombres, numerosos como las estrellas, caerían uno á uno en el triste olvido. Su dueño, cuyo peso no podía soportar el universo, reducido á cenizas, cabría dentro del ánfora que cualquier matrona coloca en su tocador ó que cualquier chicuelo llena en sus juegos de nueces: tan melancólicamente hablaba el moribundo Antonio.

El silencio de los que oían tales reflexiones profundas y amargas uníase al silencio de los mares y al silencio de los desiertos. Cualquiera diría que aquella noche representaba la eternidad sin voz y

sin palabra, la eternidad vacía. Todos callaban. El panteón silencioso y poblado solamente de muertos no podría dar una idea verdadera de aquella orgía callada. En esto una música interrumpe tal silencio. La música era todo lo contrario de la conversación. Mientras en la conversación se habló de la muerte, y tras estas ideas sobre la muerte vino profundo silencio, el concierto músico aquel, invisible de todo punto, más estrepitoso y resonantísimo, evocaba la vida y pedía el placer. Plutarco, en quien además de un historiador hay un dramaturgo y un verdadero novelista, habla, como vais á ver, de tal interrupción: «Cuéntase que aquella noche, como á su comedio, cuando la ciudad estaba sumergida en profundo silencio, no por obra del sueño, de la consternación al temor de todo cuanto le aguardaba, oyéronse de súbito los acordados ecos de músicos instrumentos y la gritería de una gran muchedumbre que cantaba canciones anacreónticas y danzaba danzas báquicas, cual si pasara inquieta turba de sátiros y de bacantes en delirio, la cual turba se movió como del centro de la ciudad hacia las puertas puestas cerca del campo enemigo, y que, saliendo por ellas, se desvaneció tanto tumulto muy notado por haber sido también muy estrepitoso. A los que dan valor á estas cosas les parece fué una señal, en la que se previno al pretoriano

de cómo le abandonaba para siempre aquel dios á quien ostentó imitar ó parecerse y en cuya protección siempre confiara.» Dejemos los escrúpulos del viejo historiador pagano, célebre por los muchos presentimientos que le asaltaron respecto á la muerte del paganismo, y veamos cuáles interpretaciones ha traído á este suceso la historia y su filosofía. Lo cierto es que la música se oyó de muy cerca y no se vió nada, no se vió á nadie. Despedíanla misteriosamente los aires. No se parecía de suyo á ninguna música de las compuestas por los hombres ni á ninguna de las melodías producidas por humanas voces. Los campos, los mares, la ciudad entera callaban á una con profundísimo silencio, escuchando la dulce melodía sacra como un misterio religioso, simple como una canción pastoril, producida por los giros del aire. ¡Evoe! ¡Evoe! las bacantes gritaban, y corrían desnudas como la inocencia, ciegas como el amor, olorosas como el vino nuevo, ceñidas de pámpanos, armadas de áureos tirsos, con los rosados labios convidando á besos ardientes, con los negros ojos despidiendo amorosa lumbre, con la suelta cabellera al viento, acompañadas de pastoriles coros que tocan caramillos y flautas en pos del joven divino, cuya infancia se deslizó entre las selvas de India y cuyo cuerpo se tendía entonces sobre blando folla-